

El conde Lucanor habló con Patronio, su consejero, y le dijo:

—Patronio, un hombre ha venido a proponerme algo muy importante, y me ha dado a entender que me será de gran provecho. Pero me ha pedido que no se lo diga a nadie, ni siquiera a aquellos en quienes más confío. Ha insistido en eso. Según él, si se lo digo a alguien, toda mi hacienda y hasta mi vida correrán un grave peligro. Y, como sé que vos siempre sabéis diferenciar entre la verdad y el engaño, os ruego que me deis vuestra opinión.

—Señor conde Lucanor —contestó Patronio—, para que entendáis lo que creo que os conviene, me gustaría contaros lo que le ocurrió a un rey con tres pícaros, que fueron a estafarlo.

El conde le pidió que le contara la historia.

—Señor conde —empezó Patronio—, tres granujas se presentaron ante un rey moro y le

dijeron que eran grandes tejedores, y que una de sus habilidades consistía en hacer una tela que solo podía ser vista por alguien que fuera realmente hijo del padre que se le atribuía, es decir del padre conocido, y no por quien fuese hijo de cualquier otro.

Al rey le agradó esto mucho, porque pensaba que así podría saber qué hombres de su reino eran hijos verdaderos de sus padres y cuáles no. El asunto tenía gran importancia para él, ya que los moros solo heredan de su padre si son hijos legítimos, y el rey se queda con la herencia de quienes no lo son.

Así que mandó que los acomodasen en una de las salas de palacio, para que tuvieran un lugar donde tejer aquella tela.

Como prueba de que no querían engañarlo, los pícaros le pidieron que los encerrase en aquella sala, hasta que hubieran terminado la tela.

Aquello también agradó mucho al rey, que mandó encerrarlos en la sala, no sin antes darles todo el oro, la plata, la seda y cuanto necesitaban para hacer la tela.

Los pícaros montaron sus telares y se dedicaron a fingir que trabajaban sin parar. Al cabo de algunos días, uno de ellos pidió audiencia al rey y le dijo que ya podía ver una muestra de la tela y que era lo más hermoso del mundo. Le explicó qué figuras y dibujos aparecían en ella y le rogó que fuese a verla, pero solo.

Al rey le encantaron aquellas noticias.

Pero, como no quería arriesgarse, decidió hacer antes la prueba con otro, y ordenó a uno de sus criados que fuese a ver la tela.

El criado obedeció. No vio nada, pero, como los tejedores le explicaron que aquella tela servía para diferenciar a quienes eran verdaderamente hijos de sus padres de quienes no lo eran, no se atrevió a confesarlo, y la alabó como si la estuviera viendo.

Así que, cuando volvió ante el rey, el criado le dijo que había visto la tela. El rey envió a otro, que le contó lo mismo. Y, como todos le aseguraban que la habían visto, el rey se animó también a ir a verla.

Cuando entró en la sala de palacio, los maestros acudieron a recibirlo y le dijeron:

—Mirad nuestro trabajo. Fijaos en la historia que cuenta, en las figuras y en los colores.

Y, como todos alababan los mismos detalles, y describían la tela que fingían tejer, aunque no estaban tejiendo nada, el rey tuvo miedo de que pensarán que no era hijo del rey anterior, a quien tenía por su padre, y de que lo contaran y le hicieran perder el reino.

De modo que se puso a alabar la tela, con las mismas palabras que habían utilizado los tejedores, y a hablar de su tacto, de la finura del trabajo, de los dibujos y de los colores.

Y, cuando volvió a su casa con sus gentes, empezó a decir maravillas de aquella tela, y siguió hablándoles de lo buena y hermosa que era, aunque de vez en cuando recelaba y se preguntaba si no habría caído en un engaño.

Al cabo de dos o tres días, y como seguía sin estar tranquilo, el rey mandó llamar a su ministro. Le habló de las singulares virtudes de aquella tela, y le pidió que fuese a verla.

El ministro obedeció. Desde el primer momento en que entró en la sala y escuchó a los maestros

que tejían y cantaban las excelencias de la tela, y recordó lo que el rey le había contado de ella, se sintió avergonzado. Estaba convencido de que no la veía porque no era hijo del hombre a quien tenía por padre, y tuvo miedo de que alguien se diera cuenta y lo contase, haciéndole perder toda su honra. Así que se puso a alabar el trabajo, tanto como el rey o más.

Volvió el ministro junto al rey y le dijo que aquella tela era el objeto más noble y hermoso del mundo. Al comprobar que su ministro había visto aquella tela que él no había conseguido distinguir, el rey se sintió aún más afligido, y las dudas que todavía podía tener de que no era hijo del hombre a quien siempre había considerado su padre se desvanecieron por completo.

Así que, para no ser menos, se puso a ensalzar la perfección de la tela y las habilidades de los maestros tejedores que trabajaban en ella.

Al día siguiente, el rey envió a otro ministro, a quien le ocurrió lo mismo. ¿Qué más puedo decir? De este modo, y por miedo a la deshonra, fueron engañados el rey y todos los habitantes de aquel

país, porque ninguno se atrevía a confesar que no veía la tela.

Así pasó el tiempo, hasta el día en que hubo una gran fiesta, y todos le aconsejaron al rey que, para celebrarla, se hiciese un traje.

Los pícaros le llevaron la tela envuelta en una sábana, e hicieron como que la desenrollaban. Le preguntaron cómo quería que se la cortasen, y el rey les explicó qué tipo de vestimenta deseaba. Y ellos fingieron que cortaban la tela y que tomaban medidas para hacerle el traje, que luego coserían.

Cuando llegó el día de la fiesta, los pícaros se presentaron ante el rey para anunciarle que habían terminado el traje. Hicieron como que se lo enseñaban y se lo probaron, mientras iban alisando los pliegues. Y el rey fingió también que se lo ponía, porque no se atrevía a decir que no veía el traje por ninguna parte.

Así vestido, es decir desnudo, montó a caballo y echó a andar por la ciudad. Al menos era verano, de modo que no corría riesgo de enfriarse.

Todas las gentes que lo miraban y sabían que la tela solo podía ser vista por quienes eran hijos de



sus padres, creían que los demás sí la veían, pero se callaban por miedo a perder la honra delante de todos.

Siguieron callados, manteniendo el secreto, hasta que un hombre negro, que se encargaba de cuidar los caballos del rey, y que no tenía nada que perder, se le acercó y le dijo:

—Señor, a mí no me importa que me tengáis por hijo de este padre o del otro, y por eso puedo deciros que, o bien yo estoy ciego o vos estáis completamente desnudo.

El rey empezó a insultarlo, diciéndole que no veía la tela por ser hijo de mala madre.

Pero, desde el momento en que el negro habló, otro hombre dijo lo mismo, e igual hicieron todos, hasta que el rey y los demás perdieron el miedo a saber la verdad y comprendieron que los pícaros tejedores se habían burlado de ellos.

Cuando fueron a buscarlos, no los encontraron, porque se habían ido con todo lo que les había dado el rey, a causa del engaño que habéis oído.

En cuanto a vos, señor conde Lucanor, si ese hombre os pide que no contéis a nadie lo que él os

dice, podéis estar seguro de que quiere engañaros. Si, como vos mismo decís, apenas os conoce, ¿qué motivos va a tener para buscar vuestro provecho? Confiad más bien en quienes han vivido con vos y os deben muchos favores, y por ello os están agradecidos y solo quieren servirlos y aumentar vuestra prosperidad.

El conde tuvo este consejo por bueno, lo siguió y le fue muy bien.

Viendo don Juan que el cuento era útil, hizo que lo incluyeran en este libro, y escribió estos versos que dicen así:

*A quien te aconseja desconfiar de tus amigos,
le es más dulce el engaño que los higos.*